

—¿Qué playas son?

—Las playas del Báltico.

—¡Adios, costas del Báltico! grité en mi conciencia. ¡Adios, arenas de mi patria! ¡Cuando vuelva á vosotras algún día, me vereis vestida de luto!

—¿Qué tienes? me preguntó Maximiliano.

—Nada, respondí yo.

—Yo también le menté! ¡Yo también le engañé!

—Todos le engañaron, todos le mintieron, también su mujer!

—¡Oh esposo mío, hombre desgraciado, sombra adorada de mi vida, perdóname!

—Estrañarás, María Victoria, que haya perdido la razón? ¿Estrañarás que haya enloquecido? Sigue leyendo.

VI.

Empleamos en el viaje veintitres días entre cielo y agua, entre día y noche; entre sol y estrellas, cuando en la tierra nos está esperando una corona. Yo estaba tan celosa de mi diadema, tan enamorada de mi Magestad imperial, que cada ola me parecía un escollo en donde el buque iba á estrellarse.

Maximiliano me miraba como si quisiera preguntarme: «¿Llegaremos, Carlota?»

Yo le miraba como si quisiera decirle: «¿Llegaremos, Maximiliano?»

—¡Ay, amiga mía! ¿Por qué el mar no fué caritativo con nosotros?

—¿Por qué no abrió sus senos misteriosos á la nave que nos conducía?

VII.

Llegamos á Méjico. ¡Cuánta gente! ¡Cuántos victores! ¡Cuántas flores en el camino y en las calles! ¡Cuántas colgaduras! ¡Cuántos himnos! ¡Cuántas luminarias! ¡Cuántas alegrías! ¡Cuánto amor!

Y sin embargo, ¡horrorízate, María Victoria! Méjico nos odiaba. Fuimos recibidos como dos ángeles tutelares, como dos espíritus celestes, como dos semi-dioses; pero Méjico nos aborrecía.

Si alguna vez sales de Italia; si el resplandor de una corona ciega tus ojos y tu corazón, no fies en el número que rodea la portezuela de tu coche; no fies en la muchedumbre que obstruya tu paso; no fies en los ojos que se agolpen á verte. El pueblo vé á los reyes y á los emperadores como vé un espectáculo teatral, una corrida de novillos ó una colección de animales curiosos. El pueblo vé á los reyes como vé á los ajusticiados.

Ni fies tampoco en la sonrisa de los que el mundo llama grandes. Y ¡si tú supieras, María Enriqueta, qué pequeños son! Si tú los vieras en su tamaño natural! Si tú los vieras desnudos de pompas! ¡Si tú los vieras como yo los he visto!

Los cocodrilos y esos hombres son parecidos en que ambos buscan una presa por desgarrarla con sus dientes.

El cocodrilo llora para atraerla.

El hombre sonríe para entregarla.

El cortesano ríe; el cocodrilo llora; pero cocodrilo y cortesano lloran y rien para atraer y para devorar.

No olvidaré nunca que un magnate de Méjico se arrastró á nuestros piés, y besaba la tierra que nosotros pisábamos.

Aquel fué el primero que nos hizo traicion.

Aquel fué el primero que perdió á mi marido.

Aquel fué el primero que conspiró, hasta que logró verlo fusilado.

—Fusilado, María! ¿Oyes? Mi marido fué fusilado. ¿Lo oyes; Enriqueta? Fué fusilado en suelo extranjero. ¿Lo has oído bien? EN SUELO EXTRANJERO.

El que más nos adula, es el primero que nos

engaña.

El que más los besa las manos, es el primero que nos vende.

El que más se arrastra, es el primero que nos entrega.

—Yo te lo digo! ¡Yo lo sé! ¡No dudes! ¡Ay de tí, si dudas!

María, te ví en Frascati, te ví en Tiboli, cuando eras muy jóven, muy bella, muy dichosa.

Por tu dicha, por tu belleza, por tu juventud, no olvides las palabras de una amiga fiel, que no puede engañarte, porque es muy desgraciada; la más desgraciada que pisa la tierra; la más desgraciada que nació de madre.

Amaba á un hombre más que á mi vida, y me lo asesinaron. Nó le asesinó Méjico. Los pueblos no asesinan. Lo asesinaron aquellos hombres que nos vinieron á buscar; los que se sonreían, los que nos besaban las manos, los que se arrastraban á nuestros piés.

—María, cuida de tu esposo, de tu hijo y de tí!

—¿Tienes conocimientos de que algunos llaman al duque de Aosta?

—Hija mía, mucho cuidado!

—¿Ves esos que le llaman, que inclinan la cabeza, que se arrodillan? Pues esos mismos le fusilarán.

—Yo te lo digo! ¡Yo lo sé! ¡No dudes, María!

VIII.

Pasan las colgaduras, los himnos, las luces, los arcos de triunfo, los vítores, las flores. Vienen noticias de la guerra, y mi marido me miró de un modo que yo no pude comprender.

Hay misterios que están en las profundidades de la vida, están como los abismos en las profundidades de la tierra, como están los volcanes en las profundidades de los abismos, como están ciertas penas en las profundidades del alma.

Mi marido vió algún signo; un arcano tremendo, me miró y no dijo palabra. ¿Qué había de decirme, si aquel arcano era una sentencia de muerte?

El emperador llamó á un personaje del gobierno, y ambos se ocultaron en una estancia. Escondida yo entre los cortinajes de una puerta, escuché parte de lo que hablaban.

Mi esposo dijo finalmente al personaje de aquel país: «pero bien ¿Á CUÁNT SERÁ MENESTER FUSILAR?»

«Bastarán OCHO Ó NUEVE MIL», contestó una voz trémula.»

Nueve mil criaturas iban ser sacrificadas, y lo fueron realmente.

El personaje del gobierno desapareció, y el emperador quedó solo. Yo fui buscarle.

—¿Qué habeis tratado?

—Nada.

Yo le miré de un modo, durante mucho tiempo. Maximiliano bajó la cabeza y clavó los ojos en tierra.

—Estrañarás amiga mía de esta infeliz mujer haya perdido la razón?

—¡Oh Enriqueta! Antes que morar en ciertos palacios, procura vivir en una cueva de bohemios, en una cabaña de pastores, en la choza de un pescador. En la choza, en la cabaña, en la cueva, puedes creer en Dios; puedes esperar en la Providencia de este mundo; puedes amar á un hombre; á un padre, á un hijo; en una mazmorra, puedes amar, puedes creer: en ciertos palacios no cabe otra cosa que sospechar, aborrecer y maldecir.

La Comisión nos dijo que Méjico se encontraba en manos de la más desastrosa anarquía.

—Era falso, Enriqueta! La anarquía estaba en la Comisión y en los hombres que la enviaban para perdernos.

La anarquía estaba en algunos ambulantes políticos, pordioseros de ayer, hambrientos de siempre, metidos á señores y déspotas, sin saber ser déspotas ni señores.

La anarquía estaba en algunos corazones hinchados, en algunas conciencias podridas, en unos cuantos miserables plebeyos, metidos de un golpe á reyezuelos de sí mismos, los cuales se hacían los honores mandando tocar á su paso LA MARCHA REAL: mientras que no saben llevar la corbata blanca, y mientras que sus trajes y sus vestidos huelen á legajos del procurador, á drogas de botica, á sala de hospitales, á rancho de cuartel, á cal y canto, á diccionarios de geografía, á mostrador, á manteca de Flandes y carne de puerco.

En ellos estaba el desorden, la gala, la disolución, el latrocinio, la bancarrota, la apostasia, la desvergüenza, el escarnio de toda idea moral, de todo sentimiento digno, de todo instinto honrado, de todo pudor.

—¡Ay María Victoria, tú no sabes lo que ha sucedido!

Los comisionados venían en grandes buques; daban grandes banquetes; se le asignaron para un plato veinticinco duros todos los días; trajeron además cinco mil duros en pequeñas monedas de oro para socorrer á los pobres de otro país, haciéndose los ricos, los opulentos y los graudes. Pues en tanto que esto pasaba, poblaciones importantes de Méjico se veían azotadas de la fiebre amarilla y de la miseria; y los maestros de la niñez se morían de hambre, y los soldados corrían las aldeas matando á los hombres por cobrar los impuestos públicos.

—¿Lo olvidarás? La caballería invade los pueblos, arrancando á tiros girones y lágrimas, como en los tiempos de la barbarie, como en los tiempos de la conquista, como en los tiempos de la zuma.

—¿Ahí tienes la anarquía en cuyo negro fondo agonizaba Méjico.

—¡Ah malvados! ¿Por qué os creímos? ¿Por qué os creímos, en lugar de entregaros á la justicia, como los primeros bandidos de América. ¡Ay! ¡Si otra vez sucediese!

Mi querida amiga: si en estos instantes se hiciese la anatomía de mi cuerpo, verías que mis entrañas están secas, ¡Cuánto he llorado! ¡Cuánto he sufrido!

—María, María, aprende de mí! Cierra tus oídos y tu cerebro á las falsedades de esos señores de carnaval.

Maximiliano se acostó; pero no dormía. Yo no quise acostarme. Sentada en un sillón, recliné la cabeza sobre las almohadas de mi lecho, y apenas hubé cerrado los ojos, cuando mi espíritu fué presa de una pesadilla, que no quisiera recordar. ¡Cuánto debes agradecerme este sacrificio de mi conciencia, María Victoria! Estoy desgarrando mis heridas, estoy desgarrando mi corazón, estoy desgarrando mi alma.

En el delirio de aquella pesadilla, yo creía oír muchos disparos entre los lamentos y los gemidos de las nueve mil criaturas sacrificadas. Yo creía ver muchos escuadrones que corrían sobre los miembros palpitantes de aquellos cadáveres insepultos, destrozando sus caras con la herradura de los caballos. Creía ver canes, lobos y tigres que saciaban su sed en grandes charcos, y aquellos charcos no eran de agua. Creía divisar el ojo lúcido de las

feras, que volvian la cabeza á todos lados para que nadie las sorprendiese, mientras que sus dientes arrancaban las carnes y rompian los huesos de las víctimas. Yo oia el crugido de aquellos huesos, cómo la Fedra de Racine: yo veia destilar sangre de aquellos cabellos desgredados, del mismo modo que goteaba sangre la barba del Héctor en el sueño espantoso de la Eneida.

Maximiliano sintió mi angustia, oyó mis suspiros y me llamó repetidamente; mas no pudo arrancarme de mi agonía. Se levanta entonces, me sacude con fuerza, casi con frenesí, y pude volver de aquel sueño. No era sueño, María Victoria: era un mundo de gigantes horribles y extraños.

¿Quién hubiera muerto en aquella hora! ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuántos dolores me hubieras ahorrado!

Mi esposo preguntó: «¿qué tienes?» yo le respondí: «¿tú me lo preguntas?»

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Qué tienes, Carlota?

—Nada, Maximiliano.

—Dime lo que tienes; aunque se caiga el cielo y se hunda la tierra.

—¿Quiéres que te lo diga?

—Sí.

—He visto *lucos en el aire*: no sé qué fantasma me tira de la ropa que llevo: he visto una sombra que figura tres hombres sin cabeza, y yo los conozco.

—¿Quiénes son?

—El emperador Maximiliano y los generales Miramon y Mejía. Tú eres en este mundo mi único amor, el amor de toda mi vida, y te veo perdido.

—¿Dónde?

—¡Sélvate y sálvame, Maximiliano! Vámonos de aquí.

—No puedo.

—Tú no eres emperador.

—Pues ¿qué soy?

—Aquí habia una partida de malhechores; no tenia capitán, lo necesitaba, y te trejo á tí. Tú no eres el emperador de Méjico: eres el capitán de una partida de asesinos y de ladrones: tú, el capitán: yo, la capitana, y esto no puede ser. Si te obstinas en que te sacrifiquen, entre nueve mil criaturas que tú tendrás que sacrificar, á mi no me acude valor para presenciarse el sacrificio. Me vestiré de luto y me volveré á Europa. Te dejo mi alma, pero se va mi cuerpo.

—¿Dices que te vas?

—Sí, me voy; quiero probar si me es posible salvar á un hombre.

—Carlota; tú no me amas hoy como me amabas antes.

—Te amo más, pero te temo. Amo á mi esposo, temo al tirano. Tú eres el tirano de un pueblo inocente.

—¿Yo soy tirano?

—Sí.

—¿Te vas á Europa?

—Sí.

Maximiliano permaneció frío, inmóvil, mudo como una piedra.

De repente se cubrió el semblante con ambas manos, y rompió á llorar.

¡Hija de mi alma! ¿Estrañarás que esta desdichada mujer haya enloquecido?

XI.

Llegó la hora de partir. ¿Que diferencia entre la recepción y la partida! Nadie me habló de la

riqueza de los frutos; de la fecundidad del suelo, de la benignidad del clima, ni del murmullo de las fuentes, ni del aroma de las flores, ni de la melodía de los pájaros, ni de las vistas del Orizaba. No vino ninguna Comisión.

Un periódico publicó por entonces el siguiente anuncio: *se vuelve á Europa la viuda del emperador mejicano.*

Yo dije á mi esposo en el momento de partir: «¿te quedas?»

—Es mi destino, replicó.

—Pues en Europa, proseguí, recibiré una carta tuya, concebida en términos semejantes: «Tú lo adivinaste, Carlota: el rayo de luz que entra en mi morada, es el último sol que verá. Estoy en capilla, arrodillado ante la figura de Jesús. Dentro de una hora, caminaré al suplicio entre un sacerdote y el verdugo.»

No quiero decirte lo que pasó por mi corazón en el momento de separarme de Maximiliano. Yo sabia que me separaba para siempre y era el único amor que he tenido, que tengo que tendré. ¡Ojalá que no hubiera amado!

XII.

El buque parte. El silbido del vapor en los tubos, me parecia que era el ruido de una batalla.

¡Maldita sea la guerra!

¡Malditos sean los ambiciosos que la provocan!

El continuo embate de las olas, me parecia que era el hervidero de la sangre.

En el ruido de la maquina, oia estruendo de hachas, de cañones y de fusiles.

Los fogoneros del vapor se me representaban como verdugos.

A los veintidós dias de navegación abrí a cubierta. Mis ojos se estendieron por el mar en todas partes.

Puesto ya el sol descubrí en el escio un punto blanquecino y movible.

¿Qué es aquel punto que se descubre en el horizonte, mi brigadier, pregunté al jefe del vapor?

—Señora, las playas del Baltico.

—¿Playas del Baltico, arenas de guerra, exclamé en mi conciencia: aquí me tenia como os prometí: vuelvo á vosotras vestida de luto!

Llegué á París, corrí á las Tullerías y grité al primer palaciego: «anunciad al emperador que quiere hablarle la viuda de Maximiliano»

¡Ay, María! Napoleon me recibió como un hombre de palo, como una estatua de cenita, como una maquina de hierro.

Pero yo divisaba una cruz, á cuyo pié llora una mujer: mas que una mujer; una madre. Yo tenia esa grande esperanza: yo adora esa grande fé religiosa: yo bendecia el dolor de Calvario: yo anhelaba recibir un consuelo de Jesucristo y de María.

Volé á Roma, fui al Vaticano, por los labios en el pié de su Santidad; y al besar aquel pié, vi nuevamente *lucos en el aire*; vi la sombra que figuraba tres cuerpos sin cabeza; vi DOS MANOS CRUZADAS; manos que chorreaban sangre, como los abellos de las víctimas; manos que enlazaban dos bocas; manos que hablaban y decian: SOMOS MONTYV TOGNETI.

Ya no tuve esperanza; se apagó mi fé; me acordé de un hombre y perdí el juicio.

XIII.

Me condujeron á Viena; pero en Viena hay mucha algazara, y vine á este castillo. Aquí estoy en el campo. Vivo con el silencio, con la soledad y con una memoria adorada. Aquí me tajaron una caja que contiene los restos del hombre á quien amé.

La abrí un dia sin que nadie me viera. La mano

derecha de mi esposo estaba cerrada, como si fuese una plancha de bronce. Mis manos abrieron la suya, y encontré un papel que decia: «Carlota, tu lo adivinaste: la luz que penetra en mi morada, será el último sol que verá. Estoy en capilla, arrodillado ante un Nazareno. Dentro de algunas horas iré al sacrificio entre el sacerdote y el verdugo. Tu no tienes la culpa; consuélate y perdóname. Saluda á mi familia y á mi patria. Adios, Carlota: el juicio de Dios me espera. Ya que he vivido mal, quiero morir bien. Mi último suspiro será para ti. ¿Quién te hubiera creído, amada mia!»

¿Estrañarás, mi querida amiga, que esta pobre mujer haya perdido la razon?

Me miro al espejo muchas veces y exclamo: «Yo no soy la que era. Yo no soy Carlota. Yo no soy mujer. Yo no tengo vida. Yo no tengo alma. ¡Un alma tenia y me la robaron! ¡Volvédmela ladrones!»

XIV.

Napoleon III, levantado, me perdió á mi.

Napoleon III, caido, te perderá á tí.

XV.

La historia de hoy cuenta cuatro mujeres destronadas en menos de dos años: SOFIA, reina de Nápoles; CARLOTA, emperatriz de Méjico; ISABEL II, reina de España; EUGENIA, emperatriz de Francia.

La historia de mañana hablará de cinco mujeres: la quinta será... María Victoria; la quinta serás tú.

XVI.

Si sales de Italia; si surcas el golfo de una ciudad noble y gloriosa, puedes decir: «Adios, golfo de Génova! Cuando vuelva á surcar tus aguas, ellas me verán vestida de negro.»

Si permaneces en Turin; si consigues que vaya tu esposo; si lo fascina una coron; si lo atrae esa *serpiente*, prepárate para recibir la siguiente carta.

—Amadeo.»

He de terminar esta carta. ¡Adios, María Victoria! Siento que se turba mi mente. Siento que mi alma vuelve á rodar por los insondables abismos de la locura. Vuelvo á ver *LUCOS EN EL AIRE*. Veo otra vez la sombra de cuerpos sin cabeza. Veo dos manos cruzadas. Oigo el crugido de los huesos. Veo muchas fieras que sacian su sed en charcos de sangre. Tan pronto me parece que soy una diosa: tan pronto me parece que soy un monstruo del infierno.

¡Oh, hija de mi corazón! No salgas de Turin; no salgas de Florencia; no salgas de Roma; no dejes á tu patria.

¡Mira que te engañan como á mi me engañaron!

¡Mira que te venden como á mi me vendieron!

¡Mira que sufrirás lo que yo sufro!

¡Mira que llegará un momento en que tu esperanza no concebirá otra ventura que la ventura horrible de morir loca!

¡María! ¡María! Cuida de tu esposo, de tu hijo y de tí!

Te he dado la prueba mas grande de amistad que puede darte mujer nacida, contándote historias, dolores y misterios que nadie conoce mas que tu infortunada y leal amiga

CARLOTA, emperatriz de Méjico.

(La Federacion Española.)

MAHON, 1870:

Tip. de Fabregues hermanos,
Norte, 1.

